

MAÑANA. Viernes 31

Las aguas que golpean contra la casa

SALMO 142

Señor, escucha mi oración;
tú, que eres fiel, atiende a mi súplica;
tú, que eres justo, escúchame.
No llares a juicio a tu siervo,
pues ningún hombre vivo es inocente frente a ti.

El enemigo me persigue a muerte,
empuja mi vida al sepulcro,
me confina a las tinieblas
como a los muertos ya olvidados.
Mi aliento desfallece,
mi corazón dentro de mí está yerto.

Recuerdo los tiempos antiguos,
medito todas tus acciones,
considero las obras de tus manos
y extendiendo mis brazos hacia ti:
tengo sed de ti como tierra reseca.

Escúchame enseguida, Señor,
que me falta el aliento.
No me escondas tu rostro,
igual que a los que bajan a la fosa.

En la mañana
hazme escuchar tu gracia,
ya que confío en ti.
Indícame el camino que he de seguir,
pues levanto mi alma a ti.

Líbrame del enemigo, Señor,
que me refugio en ti.
Enséñame a cumplir tu voluntad,
ya que tú eres mi Dios.
Tu espíritu, que es bueno,
me guíe por tierra llana.

Por tu nombre, Señor,
consérvame vivo;
por tu clemencia, sácame de la angustia.



ORACIÓN: “Aquí nos tienes”

“Exponer al Espíritu la propia existencia
como tierra vacía y pobre
y esperar silenciosamente
que sea Él quien siembre en ella su semilla.

Acoger mansamente
aquello que no se comprende inmediatamente,
guardarlo en el corazón
y esperar en la noche
hasta que llegue la luz.

Aceptar los sorprendentes caminos del Espíritu
y estar dispuestos a dejarse guiar por ellos
como un niño que emprende un viaje
a un lugar desconocido y va tranquilo
porque sabe que su padre
lo lleva de la mano.

Estar atento a la música que el Espíritu toca
en cada momento y danzar a su ritmo
con la despreocupada confianza
de quien no pretende conducir
sino ser conducido.

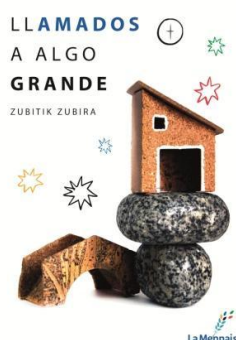
Abandonarse como arcilla
en manos del alfarero
para que sean las manos del Espíritu
las que modelen la propia vida y decirle:
“Aquí me tienes. Aquí nos tienes...
Hágase según tu palabra”.

Lectura: Lc 6, 47-49

«Todo el que venga a mí y oiga mis palabras y las ponga en práctica, os voy a mostrar a quién es semejante:

Es semejante a un hombre que, al edificar una casa, cavó profundamente y puso los cimientos sobre roca. Al sobrevenir una inundación, rompió el torrente contra aquella casa, pero no pudo destruirla por estar bien edificada.

Pero el que haya oído y no haya puesto en práctica, es semejante a un hombre que edificó una casa sobre tierra, sin cimientos, contra la que rompió el torrente y al instante se desplomó y fue grande la ruina de aquella casa.»



UNA ESPERANZA CONSTRUIDA SOBRE ROCA (Lc 6, 47-49)

Esta pequeña parábola nace de una extrañeza. ¡Cómo es posible que quien confiesa que Jesús es “Señor de su vida”, luego, de hecho, no acoja cada una de sus palabras como palabras preciosas de vida y de envío! ¡Cómo es posible proclamar con el corazón y con los labios a Jesús como Señor y luego vivir sirviendo a otros señores! ¿Qué cortocircuito se ha producido por el cual el confesar a Jesús como Señor no nos lleva inmediatamente, confiadamente, a estar dispuestos a hacer su voluntad, lo que Él tenga a bien encomendarnos? ¿Cómo puede ser Jesús, “Señor”, sin serlo realmente de nuestras decisiones, acciones o querer? ¿Qué parte de “Señor” no hemos entendido bien, cuando la desconfianza o la falta de disponibilidad siguen a nuestra confesión de fe?

De lo que nos está hablando esta pequeña parábola es de la **docilidad del corazón**. Una actitud vital que resume de alguna manera el itinerario de estos ejercicios. Una actitud vital que, tenemos que reconocer otra vez, es obra la Gracia en nosotros. Aunque a nosotros nos toque desearla, pedirla, quitar obstáculos, retirar los palos y la hojarasca que hacen que se estanque en nosotros el riachuelo de la docilidad del corazón. La docilidad no es sumisión, porque la sumisión nace del miedo y la docilidad nace de la confianza, entrañable y confirmada.

Por la docilidad del corazón aprendemos a descansar en el Señor nuestros afanes, nuestras preocupaciones, nuestras tareas y nuestras personas. Le damos nuestro futuro y permanecemos atentos a su voluntad: “Toma Señor lo que es tuyo, pues yo sé que estamos siempre en tus manos, Dime Señor dónde me quieres”.

Por la docilidad del corazón, nos vamos haciendo menos engraidos, menos ambiciosos y aprendemos a mirar a los pequeños con mirada limpia, con mirada igual, porque tan pequeños somos nosotros como ellos.

Por la docilidad del corazón miramos a un Dios que no cesa de trabajar en el mundo, en mí, en los nuestros y volvemos a preguntarle en qué parte de la hacienda quiere tenernos. Cual es para nosotros, en este momento, nuestro amor y nuestro encargo. Y quedamos aguardando su respuesta, buscándola en los signos nos llegan de la realidad.

Por la docilidad del corazón aceptamos que cuando el pecado nos anega y nos aleja de Ti, Señor, la salida buena no es el encerramiento, el repliegue o el enfado (aunque pasemos por ahí), la salida buena es volver con todo lo nuestro al Señor y entregarle, no solo nuestro arrepentimiento, sino nuestro pecado invencible. “Si tu pecado de interpone en mi relación contigo -dice el Señor- dame tu pecado, para que el camino entre nosotros quede despejado”. (Extrañamente nos cuesta más esta docilidad que reclama nuestro pecado que la docilidad que requiere nuestros esfuerzos).

Por la docilidad del corazón entendemos que la esperanza cristiana no consiste en hacer más cosas o cosas diferentes; en tener grandes metas y objetivos. Consiste en estar “a lo que Tú quieras de mí, Señor, y, puesto que Tú ya estás trabajando en el mundo y conduciéndolo hacia Ti... ¡Qué otra cosa mejor puedo hacer sino hacerme dócil y disponible a ese trabajo tuyo, a esa Esperanza tuya que ya está en marcha! ¡Que tu Esperanza, Señor, sea la mía! ¡Qué mis trabajos sean los Tuyos!

Y, extrañamente, esta actitud vital de docilidad del corazón, que de puro frágil parece “arena”, resulta ser, en realidad, “roca firme” sobre la que edificarlo todo. Y lo que, desde nuestras expectativas, creíamos que tenía la solidez de la roca, ha resultado ser arena que no sostiene.

“La buena noticia de esta parábola es que la roca eres Tú, mi Señor. Es que nuestra esperanza descansa, se sostiene y se sustenta en Ti. Y, sólo desde ahí, y con la argamasa de la docilidad a tus palabras, podemos construir la casa de nuestra vida, de nuestras relaciones e incluso la casa que albergue nuestra esperanza y la esperanza del mundo.

Una vez más, lleno de realismo la parábola nos advierte que el que hecho de que el Señor sea nuestra roca no quiere decir que nuestra casa, con ello, deje de sentirse sacudida. “Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y se abatieron sobre la casa, pero no se derrumbó porque estaba construida sobre roca”. Nada nos quita de la lluvia de nuestras preocupaciones; nada nos libra del “torrente de los sufrimientos o de la fuerza con la que el mal golpea y se abate contra nuestra casa o contra la casa del mundo. Nuestra casa sigue siendo frágil pero la esperanza no se derrumba porque “tiene roca que la sostiene”. Una vez más es “en medio de” (ciclones y tormentas) como esperamos y es también “gracias a” (que una roca, que no siempre vemos, sostiene nuestra esperanza golpeada).

No dice la parábola que nuestra casa quede indemne de todas estas investidas. No dice que semejantes golpes no dañen la casa de la esperanza, no nos asegura que quede libre de destrozos. Se nos dice con san Pablo que “*nos acosan por todas partes, pero no hasta el punto de abatirnos; estamos en apuros, pero sin llegar a ser presa de la desesperación; nos persiguen, pero no quedamos abandonados; nos derriban, pero no consiguen rematarnos. Por todas partes vamos reproduciendo en el cuerpo la muerte dolorosa de Jesús, para que también en nuestro cuerpo resplandezca la vida de Jesús*” (2Cor. 4,8-10)

El primer protagonista de nuestra parábola, al edificar la casa, “cavó hondo hasta encontrar roca”. El segundo, dice el texto, “edificó la casa a ras de tierra, sin cimientos”. Una vez más nuestros cimientos están en lo escondido. No están a ras de tierra, a ras de tierra no se ven (a lo más asoma algún ángulo). No es que ocultemos nuestros cimientos, es que no se ven a simple vista y esos cimientos son las que hemos llamados “las certezas del corazón”, que reposan en el “sótano” de nuestra vida. De modo que en el piso de arriba de la vida cotidiana puede haber “truenos y relámpagos”, ríos desbordados, vientos desatados... y en el sótano paz en el corazón, porque los cimientos continúan sosteniéndonos. Porque en ese sótano y sobre esos cimientos descansan esos “tesoros inagotables del cielo”, las fuente de las que beber.

Por eso nuestra oración final es de agradecimiento. Quisimos hacernos fuertes, ser nosotros “roca” para nosotros mismos y eso resultó, en realidad, ser “arena”. Tuvimos que soportar unas cuantas riadas que dejaron nuestra autosuficiencia patas arriba. E incluso eso nos vino bien, porque aprendimos que la fuerza (la roca) se realiza en la debilidad. Aprendimos que “si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles”. Aprendimos la alegría de reconocer a Jesús como Señor y que la docilidad del corazón pusiera en práctica lo que proclamaba nuestra confesión de fe.